

El recuerdo maltratado

Los carteles de la estación Rodolfo Walsh del metro porteño o de una calle en Retiro (por no mencionar las agrupaciones, centros culturales y organizaciones que lo enarbolan) no amenguan el silencio, la ignorancia y hasta el desprecio del establishment periodístico sobre la figura que más enalteció el oficio.

Una estación de subte enciende sus luces cada mañana y varios letreros luminosos, muy setentistas, se esmeran por presentarnos a Rodolfo Walsh. Bajo el asfalto de las avenidas San Juan y Entre Ríos, hombres y mujeres de cada hora recorren de lunes a viernes un espacio que defiende la memoria. En la línea E de subterráneos, no hay nada más bello que detenerse en la parada Walsh.

¿Sabe toda esta gente quién es, qué hizo, cómo fue el final de Walsh?

Ignoramos el resultado. Allí en el subterráneo no hay tiempo para encuestas, ni mucho menos para meditaciones. Los antecedentes de situaciones similares son pésimos, y es mejor obedecer al dictado del imbécil sentido común: otro día consultaremos a quienes huyen con ansiosos pasos.

Pero pronto viene una respuesta que se convierte en nueva pregunta. ¿Por qué han de conocer todos aquello que tantos periodistas desconocen u ocultan?

Contrariamente a lo que se cree, en las redacciones se habla poco de Walsh. Sorprendidos o extrañados, podemos decirles que hay más de un periodista que ni siquiera ha leído medio texto de Walsh.

¿Puede el periodista argentino más conocido en el mundo ser una incógnita para los autoproclamados periodistas del siglo XXI?

Los frutos de Walsh sí abundan en diversos espacios culturales, literarios, ensayísti-

cos, cinematográficos. El espíritu walshiano engrandece plazas, casas de la cultura, locales partidarios, unidades básicas, escuelas, centros educativos.

Sin embargo, en la prensa dominante, abundan los holgazanes de Walsh. Quienes se creen astros del periodismo han extraviado expresamente las enseñanzas. Sólo se acuerdan de su Carta Abierta, si es que se acuerdan; pero a la hora de hacer (y no a la hora del decir) vaya uno a encontrar quien tome alguna de las banderas de Walsh. Miremos solamente la ausencia de un periodismo gremial, sindical, que siga las luchas de los trabajadores. Así entonces vemos a los jefes del modernismo en la prensa, apuñalando la historia de los trabaja-

Contrariamente a lo que se cree, en las redacciones se habla poco de Walsh. Sorprendidos o extrañados, podemos decirles que hay más de un periodista que ni siquiera ha leído medio texto de Walsh.

dores y silenciándola no sólo hacia atrás, sino también en presente. El periodismo sindical, el de la historia de los trabajadores, o es rudimentario, o simplemente no es.

El ocultamiento progresivo del nombre de Walsh en los medios de comunicación nos perturba más todavía. Aquella dulce costumbre de leer su Carta, las agradables conversaciones sobre sus investigaciones, los exámenes minuciosos de sus textos que colmaron años idos de sindicalismo, periodismo y militancia, son nada más que chistidos del pasado.

En las grandes redacciones, en los noticieros de los canales, en los informativos de las radios, Walsh ha desaparecido.

Pero donde más daño le han hecho a Walsh es en el periodismo de investigación. Casi dan ganas de poner un cartel a la entrada de los grandes diarios y los grandes canales de noticias porteños (grandes por sus edificios, pequeños por su periodismo): “Se solicita la colaboración de la población para encontrar algún periodista que investigue impugnando al sistema, como Walsh”. En el mundo de estos periodistas la investigación le apunta a los desfalcos en el estado, nunca a los crímenes del poder económico, a las mafias sindicales, a los billones de actos de explotación laboral, de género, social que se dan segundo a segundo.

El periodismo de investigación elitista, destinado a husmearle los bolsillos a la clase política de los partidos populares, frente al perio-



dismo de investigación militante de Walsh.

Es cierto; resulta insensato esperar que los medios hegemónicos recuerden a Walsh, al menos, cada 25 de marzo. Tan insensato como esperar que alguno de los sillones de la Academia Nacional de Periodismo llegue a la excelencia de tener su nombre.

Para los académicos de la calle Agüero, Walsh no merece nada. Y esta ignorancia, a tenor de algunos apellidos que abundan por la Academia (Nelson Castro, Mariano Grondona, Joaquín Morales Solá, Magdalena Ruiz Guiñazú), podría resultar hasta de enorme alegría para el propio Walsh. No debe haber nada peor que imaginarse a dos golpistas del periodismo como Grondona y Morales Solá usando el nombre de Walsh.

La misma sangre fría con que ignoraron a Walsh el día de su secuestro, es la sangre fría que 37 años después maltrata su recuerdo sin evocarlo.

¿Qué ratón ha comido la lengua de la mayoría de los conductores de programas que el pasado 25 de marzo olvidaron a Walsh? ¿Qué mano furiosa se niega a la edición de unas páginas que recuerden a Walsh cada marzo? ¿No deberíamos tenerlo en todas las revistas, todos los diarios, todos los periódicos, todas las punto com?

También reclamaremos por Conti, por Gleizer, por Raab, por Santoro, por Bustos, por Mastrogiacomio, por Tilo Wenner, por Carlos

Si los mayores seguidores de Walsh son los y las jóvenes. si ellos asumen las máximas esenciales del periodismo comprometido, Rodolfo Walsh será mucho más que cien mil letreros, carteles o señales con su nombre.

Alberto Pérez, y en ellos por cada uno de los periodistas militantes que comprometieron su pluma tanto como su disposición al combate. Pero esta vez nos toca por Walsh.

Por suerte la obra de Walsh, la Carta de Walsh, la conducta de Walsh lleva nuevamente a la acción. En gran parte de las facultades se lee Walsh, en muchas universidades se respira Walsh, en la prensa alternativa se quiere ser como Walsh. Las muestras itinerantes perduran, legisladores de unos y otros pueblos se acuerdan de él y su rostro con anteojos, o sin ellos, se cuelga de algún estandarte. Para la capital de los argentinos, un proyecto reciente intenta ajustar cuentas con la reaccionaria denominación de calles que abunda en traidores y generales. En breve, una humilde arteria del barrio de Retiro se llamará Walsh; entre el límite de la villa 31 y la terminal de ómnibus. Eso está bueno por dos cosas, por el tránsito de pueblo en la zona y porque se pone tan cerca de esa orgullosa usurpación popular de los terrenos más caros de Buenos Aires.

Si los mayores seguidores de Walsh son los y las jóvenes, si ellos asumen la comprensión de las dos máximas esenciales del periodismo comprometido (“nada de lo humano nos es ajeno” “si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia”), Rodolfo Walsh será mucho más que cien mil letreros, carteles o señales con su nombre.